

JOSEP MARIA SUBIRACHS

En la prehistoria del siglo XXI

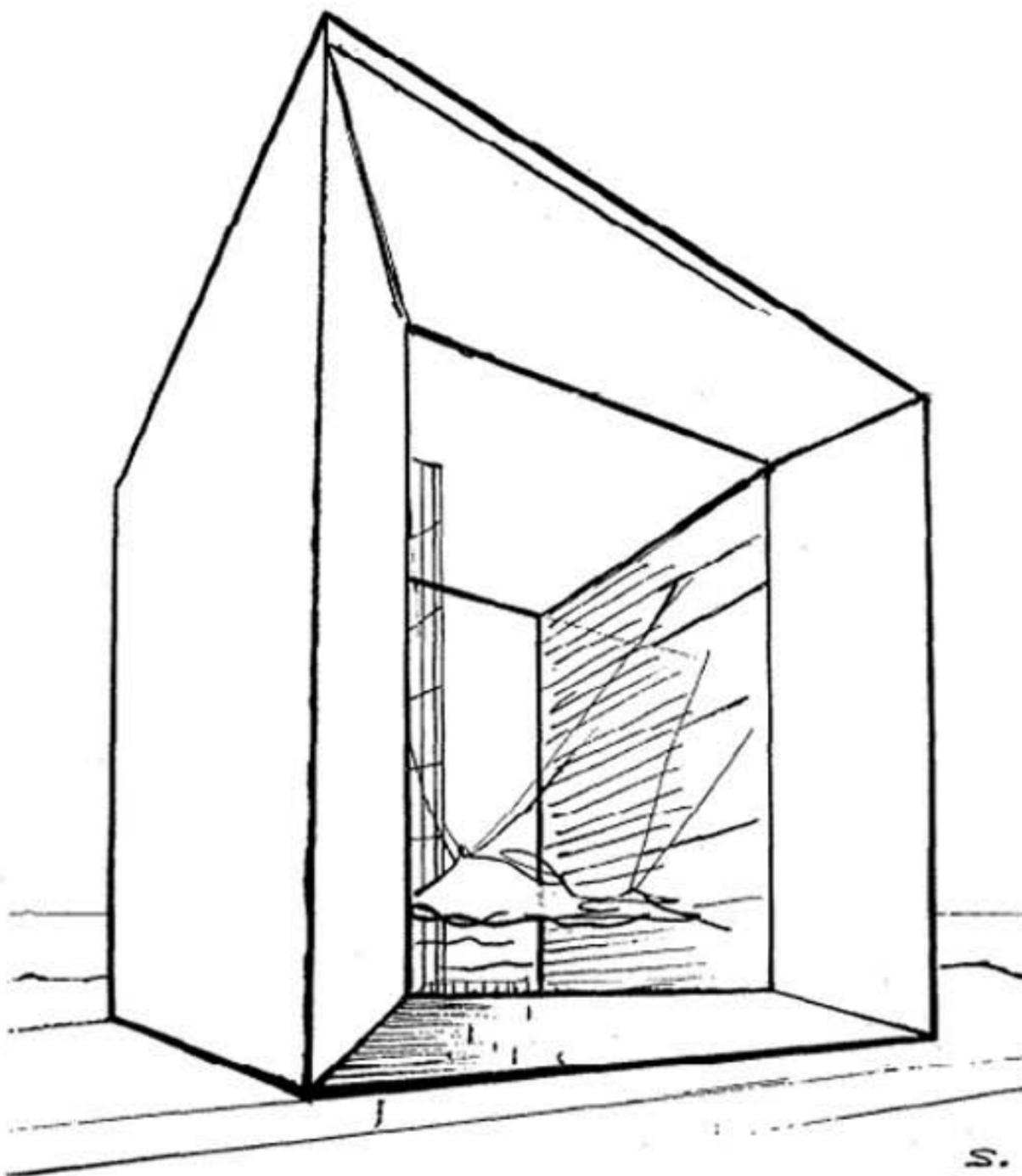
En París, al final de la perspectiva urbanística más espectacular del mundo, que va del museo del Louvre al barrio de La Défense, se levanta un monumento gigantesco: La Grande Arche.

Inaugurado con motivo del bicentenario de la Revolución Francesa, sirve, entre otras funciones, para poner el último eslabón en el eje de 8 kilómetros jalonado por la Pirámide de Peñ, el Arco del Carrousel, el Obelisco de la Concordia y el Arco de Triunfo de la Estrella. Así, este nuevo arco de triunfo, muestra de la "grandeur" de la era Mitterrand, parece un sueño de Le Nôtre al enmarcar espectacularmente los crepúsculos parisien- ses.

La Grande Arche (que, dicho sea de paso, no tiene la forma de arco y debería, como la berlinesa puerta de Brandemburgo, llamarse "la gran puerta") es obra del arquitecto danés Johan Otto von Spreckelsen, quien, desgraciadamente, no pudo verla terminada ya que falleció en 1987. El trabajo fue proseguido con toda fidelidad bajo la dirección del francés Paul Andreu, de la misma manera que se continuó después de la muerte de Miguel Ángel la cúpula de San Pedro, o la Sagrada Familia después de Antonio Gaudí.

La Grande Arche, que impresiona por su desmesura, con un peso de 300.000 toneladas, 110 metros de altura y en cuyo espacio interior se podría cobijar entera la catedral de Notre-Dame, es un monumento habitable. En la parte sur se encuentra el Ministerio de la Vivienda, de los Transportes y del Mar, y en el otro lado tienen la sede importantes empresas de renombre internacional.

Los tres pisos subterráneos sirven para ubicar las exposiciones temporales y en la última planta reside la Fundación para la Defensa y Promoción de los Derechos de los Hombres y los Pueblos. Desde la azotea, asequible al público por cuatro

JOSEP MARIA SUBIRACHS, *escultor*

ESTE NUEVO ARCO
de triunfo, muestra
de la "grandeur" de la era
Mitterrand, enmarca
los crepúsculos parisien-
ses

ascensores transparentes en forma de cápsula, se puede ver el conjunto anárquico de este pequeño Manhattan que es el barrio de la Défense y, mirando hacia el centro de la ciudad, podemos descubrir a lo lejos las construcciones que sobresa-

len: la elegante torre Eiffel, la aristocrática cúpula de los Inválidos, la desgraciada torre Montparnasse o el cursi Sacré-Coeur...

Superado el impacto inicial de admiración, me atrevería a criticar ciertos aspectos del Arche. El romper voluntariamente con el eje este-oeste situando el cubo oblicuamente hace que este desplazamiento de poco más de seis grados no aporte nada y parezca más bien un error, porque el efecto óptico que se quiere lograr ya se consigue con los paramentos ciegos cortados en sesgo.

Tampoco me convence la "nube" de tela suspendida entre las paredes, ya que quita pureza al espacio interior y más que una nube, como quería su autor, tiene el aspecto de un banal entoldado. Me pregunto también si es un acierto que los ascensores sean externos, puesto que a pesar de ser verdaderas obras maestras de cristal y acero desdibujan la limpia geometría del monumento, pues da la impresión de que se trata de unos andamios. No encuentro acertado, igualmente, el diseño de las ventanas porque considero que la división de los cristales en cruz banaliza y quita grandiosidad a las fachadas. También pondría un interrogante a que su extraordinaria estruc-

tura monolítica no sea evidente, puesto que la piel del monumento es siempre de materiales de revestimiento: mármol, acero y cristal.

Es interesante constatar que casi todos los grandes trabajos realizados en el transcurso de los últimos años en París tienen el hábito de los arquitectos franceses del siglo XVIII, Boullé y Le-loux. La Géode de la Villette, la Pirámide del Louvre, el Ministerio de Hacienda, el Palacio de Deportes en Bercy, L'Arche de la Défense, la biblioteca de Francia, aún en proyecto, y las obras realizadas en el país vecino por Ricard Bofill y Manolo Núñez-Yanowsky hacen renacer el espíritu de aquellos arquitectos malditos, confirmando el avance de la posmodernidad y constatando que la escenografía brutalista del Centro Pompidou no tiene, por fortuna, continuadores. ●